

Sobre el problema catalán. Oposición de cultura  
Política Nacional  
Incluido en "Siquisitudes y meditaciones"  
("El Mundo", Madrid, 13 febrero 1902) 3-7

Como no hay enlace duradero y estable cimentado sobre el error ó sobre la mentira, es un beneficio para ambas partes cuanto se inquiere acerca de la relación entre catalanes y demás españoles, y cuanto sobre el carácter de unos y de otros se investigue. La pasión se entremeterá en ello, es forzoso, pero no es un mal. Sin pasión no se puso nunca en claro cosa que valiese la pena. Cuando menos, la pasión del amor desenfrenado á la verdad.

El que en este problema busque, ante todo, esa infecciosa miseria que llaman la paz de los espíritus, y no es sino modorra, colabora á la perpetuación del embuste. Por mi parte, voy á decir lo que tengo por verdad, hoy cargando contra un lado, mañana contra el otro. No me alisto en ninguno de los dos bandos.

La oposición entre catalanes y castellanos es cultural, no política. Y al decir catalanes incluyo en ellos á otros pueblos españoles de otro nombre, como bajo el de castellanos incluyo también á otros que no llamamos así. Los considero como dos polos ó como dos casos extremos.

La diferencia, digo, es cultural más que política. No tanto se trata de intereses encontrados como de encontradas maneras de comprender y sentir la vida.

No he de hablar, pues, de aranceles, ni de puertos francos, ni de industriales y agricultores, ni de trigueros y harineros. Todo esto me parece lo externo y hasta pasajero; lo otro es lo íntimo y duradero.

El levantino, el mediterráneo, y con él nuestro meridional, tiene un modo de sentir la vida privada y pública muy distinto de como la siente el hijo de las mesetas centrales, y con él los costeros del Cantábrico.

Pues España se divide en dos vertientes, por una línea transversa que va del centro del Pirineo al cabo de San Vicente, y Madrid queda más bien del lado de Levante que del otro.

Más de uno ha repetido lo que dije cuando visité últimamente Barcelona, y es que allí esplenden sobre todo las fachadas. Y es que se siente la vida hacia fuera, exteriormente.

A los que somos de la otra banda el catalán tiene que aparecérsenos teatral, ó, empleando un muy significativo vocablo portugués, espectacular. Y ya que de portugués hablo, diré lo que hace pocos días me dijo



UNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S.

Guerra Junqueiro, y es que el castellano resulta á los que le ven personaje de tragedia, pero en quien se advina que es tragediante sin proponerse serlo; su teatralidad es inconsciente. Y en el catalán, no; representa su papel á conciencia y complaciéndose en el espectáculo como en tal espectáculo. El mundo mismo es espectáculo ó visión para él.

Lo véis en su literatura. Rara, rarísima vez encontraréis en ella pasión concentrada é intensa. No se descomponen por no afeár el gesto. Son mucho más artistas que poetas. Llegan á hacer impecables sonetos parnasianos, pero que á nosotros, á mí por lo menos, nos dejan fríos. Y siempre á vueltas con la *aymada* y con sus ojos y sus párpados y sus pechos y... todo lo demás. A lo que no tengo sino encogerme de hombros, exclamando: ¡Bah! ¡estética! Que es muy otra cosa que decir ¡hermosura!

Y en la vida pública y política de esos hombres de foro, de agora, de plaza pública, se revela su fondo. Yo asistí al *aplec de la protesta*, y os digo que emoción—porque lo fué—parecida sólo he experimentado otra vez, en la plaza de toros de Bilbao, cuando la muchedumbre de una Federación gimnástica del Mediodía de Francia hacia, al son de La Marsellesa, unos concertados movimientos tendidos casi en el suelo.

Tienen un aniversario, tienen un himno, tienen una bandera; ¿para qué más? El día del aniversario pueden formarse como en batallones de bomberos y desfilar cantando el himno, enarbolando la bandera y lanzando *viskas* que á nadie resucitan.

¿Talento organizador? Le hay para organizar coros de ópera y le hay para organizar elecciones. Pero si en alguna parte se ve el talento organizador, eficaz y vivo, la solidaridad íntima, es en la guerra y en la industria.

Dos fueron las grandes guerras civiles que en el pasado siglo se sostuvieron en España: la de los siete años—de 1833 á 1840—y la de 1873 á 1876. Y en ambas los dos focos fueron las Provincias Vascongadas y Navarra de un lado, y Cataluña y el Maestrazgo del otro. Y en la de los siete años, mientras Zumalacárregui, un vasco, organizaba con vascos, navarros y castellanos un ejército regular carlista, frente al organizado Ejército del Gobierno, y sostenía una campaña regular y metódica sitiando á Bilbao, Cabrera, un catalán, no hacia sino dar atrevidos golpes de mano, sin grandes consecuencias. Y cuando el Pretendiente Carlos V envió al general Urbiztondo, otro vas-



1-2



co, á que organizara la facción catalana, deshecha en un pulular de partidas, volvió diciendo que no había manera de concertar á aquellos cabecillas.

Y en la última guerra carlista, Olo, un navarro, organizaba á vasco-navarros, cántabros y castellanos para hacer una campaña regular y seguida, la de Somorrostro, y luego se hizo la de Estella, mientras en Cataluña se agitaban anárquicamente Savalls, Tristany, Castell, Francesch... Y éste llegó á entrar en pleno día en las calles de Reus, saliendo al poco tiempo, y allí no pasó nada. De un lado, el sitio de Bilbao; del otro lado, la toma de Cuenca.

De todo lo cual trataré por extenso en un paralelo que estoy urdiendo, y se titulará: *Zumalacárregui y Cabrera*, y con el que hará juego otro, que también preparo, y cuyo título es: *Íñigo de Loyola y Ramón Llull*.

Y recordando todo esto estúdiense la solidaridad en la guerra.

Y hace aún pocos días, comparando la reciente ejecución del Rey Don Carlos de Portugal con el odioso atentado de Morral el día que se casaron nuestros Reyes, hube

de explicarle á un portugués la diferencia que media entre los anarquistas gallegos y los catalanes. Y es que, habiendo en la Coruña, relativamente, más anarquistas que en Barcelona, no se recuerda que en la capital gallega haya habido atentados con bombas, y en cambio, los obreros coruñeses han andado una vez á tiros con las tropas en la calle, cosa que no se recuerda en Barcelona. Y no estaría demás que estudiaran el origen psicológico de la diferencia los que han traído á Mr. Arrow.

Y cuánta enseñanza á este respecto si estudiáramos la historia de aquella famosa expedición á Oriente! Ella, la historia del levantamiento en tiempo de Felipe V y los capítulos que Cervantes dedica á Roque Guinart, proyectan poderosísima luz sobre eso de la solidaridad Y lo digo sin insidia.

Hasta ahora unas elecciones tan bien ejecutadas como la mejor ensayada ópera, una gran *batuda* oratoria—porque esto es lo que son: oradores,—*meetings* ó *meetingnes*, muchos *meetingnes*, y sesiones de *Cine*. ¿Luego?

¿Y el fin de todo ello? Ante todo y sobre todo, representar en la Ciudad—así, con letra mayúscula—y fuera de ella la función civil de gran espectáculo. E ir de tal modo, espectacularmente, haciendo civilización. Civilización, no cultura.





Aquí está la diferencia. Esos pueblos, casi exclusivamente de ahora, son radicalmente políticos. Su ideal es un ideal político. Ellos querían hacer de su Cataluña una especie de departamento francés, con carreteras muy bien cuidadas, ciudades muy limpias y bien encachadas, lindos paseos, flamantes escuelas y donde por todas partes transpirase un alegre bienestar medio. Todo ello muy europeo — de imitación, por supuesto, — y luego una cierta ilustración media. Ilustración, eso sí. Ilustración *alcanesca*, por supuesto. Es decir, un encanto, del que procuraría mantenerme lo más lejos posible.

Y para adornar y embellecer esto, su elemento de arte; ¿cómo no? Porque esos hombres son artistas, no cabe negarlo. Música, arquitectura, pintura, escultura, literatura... ¿Poesía? Como yo estoy entre los bárbaros tengo acaso de ella una noción un poco extraña.

¿Y la industria? Esto hay que tratarlo aparte.

La industria allá tiene cierta tradición de que carece en casi todo el resto de España. Y á esa tradición, que la ha hecho conservadora, debe su fuerza, y con su fuerza debe su flaqueza. En los ramos en que los otros se han ensayado seriamente, compiten con ellos con ventaja. Son industriales menos conservadores, quiero decir menos avaros, de más arrojo. Habiendo como hay fábricas de papel en Cataluña, preguntad de dónde procede el papel fino que en Barcelona se consume. Y en general me han convencido de que la industria más seria y más sólida que hay en España, es la guipuzcoana. Y en Bilbao hay un arrojo y una acometividad para los negocios que á ellos les falta. Nos tienen á los bilbaínos por locos ó inexpertos, y ellos no son precisamente ni expertos ni no locos.

Ahora me dan ganas de hablaros de cómo se presentan y se producen en América los emigrantes españoles según las regiones de donde proceden. Allí, allí donde cada uno está fuera de su ambiente, como planta desarraigada de su suelo, allí es donde hay que estudiarlos. Pero esto lo dejo para otra vez.

Y en el fondo de todo, una distinta, y más que distinta contrapuesta manera de sentir la vida. Allá están por lo común, aun aquellos á quienes peor les va, satisfechos de haber nacido, y encuentran muy apetecible una vida en que tanto puede gozar uno representando su papel; aquí, aun aquellos á quienes les va mejor, creen, sépanlo ó no y quieranlo ó no lo quieran, que el delito ma-





yor del hombre es haber nacido, y que esta es vida de paso y no de queda. ¿Es que allí la vida es mejor, más grata, más fácil que aquí? Esto lo dicen ellos porque tienen la manía sofisticadora y lo han de justificar todo. No, no es eso. Ellos acabarían por contentarse con esta vida, porque llevan dentro el contento, y éstos no se satisfarían nunca conaquella porque su alma está amasada con morriña de eternidad. Unos y otros se ríen y se burlan, aunque aquí se burlan más que se ríen y allí se ríen más que se burlan. Y en todo caso, la burla de éstos va de la socarronería sentenciosa á lo fúnebre del chiste quevediano, y allí acaba en farsa.

¿Es que por eso ellos han de ser progresistas y éstos quietistas? No; el resorte mayor del progreso puede llegar á ser el inextinguible descontento de la vida. Y si aquí dieron en el quietismo fué por otras causas, y causas pasajeras.

Dieron, digo, y no dan. Y no digo dan porque afirmen lo que afirmaren observadores superficiales; aquí, en Castilla—no digo nada del litoral cantábrico, que es la mayor y mejor esperanza de la Patria,—se progresa y se progresa enormemente y en todos respectos. Sólo que se progresa sin ruido, sin aniversario, sin himnos, sin banderas, sin *aplecs*, sin aparato escénico. La encina es recogida parda, severa, esconde sus flores—la candela—del color de sus hojas y es su crecer tan lento como seguro.

¿Que son más prácticos? He aquí uno de los conceptos más enrevesados y oscuros. Cada vez entiendo menos lo de pueblos prácticos y no prácticos, lo mismo que me sucede con eso de individualistas y gregarios. Si lo práctico es aquello que se acomoda á un fin, del fin que uno se proponga dependerá lo más ó menos práctico de su acción, de los medios que emplee. Y no hay que perder de vista que mientras con la cabeza y el raciocinio creemos perseguir un fin, con el corazón y el instinto vamos tras de otro. Conozco muchos negociantes que si no se hacen ricos es porque en el fondo no tienen vocación de tales. Y tampoco es lo mismo huir de la pobreza que buscar la riqueza, como el temor al infierno no es igual que al anhelo de la gloria. Y aquí, en Castilla, se



teme más ser pobre que se apetece ser rico. De donde arranca la avaricia, que es su plaga.

Cuantos extranjeros inteligentes vuelven á visitar España al cabo de veinte años que la visitaron, se hacen lenguas de nuestro adclanto, y no menos en las regiones que se cree estancadas. Mientras esos bullangueros de teatro están vocceando que esto se hunde y tendrán que cortar acaso un día las amarras, esto va saliendo á flote y á flote les sacará á ellos. Hablar de decadencia actual de España no acusa sino, ó ligereza de juicio, ó carencia de información suficiente.

Pero hay que no olvidar que en este resurgir de la Patria tienen su parte, y parte principalísima, esos pueblos teatrales y externos, contentos y gozadores de la vida, sensuales y espectaculosos, artistas y políticos. Lo que estimo sus defectos son, á la vez, la raíz de su fuerza y de su eficiencia. Y del otro lado, de parte de los otros, lo mismo que ha hecho y sigue haciendo—sí, sigue haciendo por debajo—su grandeza es la raíz de su debilidad. Y he aquí por qué se completan y se ayudan.

Pero lo primero es que se miren cara á cara, á los ojos, sin miedos ni recelos, sin desprecios ni envidias—pues hay mucho, ¡oh!, hijos de la gran Ciudad, que parece desdén, y no es en el fondo, bien mirada la cosa, sino envidia,—y que traten de cimentar su unión sobre la verdad. Ni basta la habilidad ni basta la genialidad.

He dicho lo que creo ser la verdad, en lo que ésta tiene de amarga, á los unos; me falta decir lo que creo ser la verdad, en lo que tiene de dulce, á ellos mismos. Y luego, la verdad amarga para los otros.

Y al leer esto no faltará mentecato que exclame para sí: ¡Vamos, ya se prepara á contradecirse! Y yo le contestaré que no soy ningún sectario, añadiendo, con Coleridge, «que hemos encarcelado nuestras propias concepciones dentro de las barreras que hemos alzado para excluir las concepciones de otros». Y si á fin de cuenta nada concluyo se me da una higa, pues no encuentro intelectos más despreciables, por lo romos, que los de aquellos que en todo buscan se les dé conclusiones. Me contento con mantenerme en la diátesis socrática. Los dogmas se fabrican en la acera de enfrente.

Y ahora espero el chaparrón. Cuando estuve en Barcelona encontraré á casi todos aquellos catalanes con quienes hablé—y no fueron pocos—en actitud defensiva. A cual-





9-7

quier reproche, todo se les volvía buscar modo de anularlo con razón ó con sofismas, ó de disculparlo. Les preocupaba en exceso lo que de ellos se pensara. «¿Qué le parece á usted de esto?», era una pregunta de á cada hora. No sucede lo mismo en mi pueblo, Bilbao. Y al menor reproche, repito, por comedido y cariñoso que fuese, la justificación ó la disculpa. Rarisima vez les vi encogerse de hombros ó les oí exclamar, como aquí sucede á menudo en casos parecidos: ¿Y qué? ¿Es que esto, lo de aquí, es indiferencia ó acorchamiento? ¡No! Es que en el fondo, los desdenosos son éstos, no aquéllos.

Hay que decir toda la verdad, y la verdad es que aquí al catalán ó se le odia ó se le admira cuando no se le conoce bien; pero así que se llega á conocerle por algo dentro, ni se le odia ni se le admira. Y tan malo es aquello como esto. Pues lo cierto es que es amable, se deja querer. Por mi parte, y personalmente, no tengo sino motivos para quererlos y estarles agradecido. En pocas partes, si en alguna, encontré más consideración y hasta más afecto.

Allí se quiere de buena fe creer en la propia superioridad, y tratan de persuadirse á sí mismos de poseerla, voceándola; aquí, en cambio, se cree, casi siempre *inconscientemente*—¡ojo en esto!—en ella, y hasta cuando la niegan con sinceridad de boca y de raciocinio. Y en este sentimiento concuerdo con lo que sienten inconscientemente casi siempre—lo repito—éstos, el elemento macho de la Patria.

MIGUEL DE UNAMUNO



UNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S